



LIBER AMICORUM
MARCELINO OREJA AGUIRRE

EL PRESTIDIGITADOR BUENO

CUANDO José María Beneyto e Íñigo Méndez de Vigo me hicieron el honor de invitarme a participar en este "Liber Amicorum" en homenaje a Marcelino Oreja, pensé en un poema de Luís García Montero que dice así:

"La verdad es que suelo
abrir ventanas
para que corra el aire,
y persigo la luz,
cuanto ella puede tener de hospitalario,
y más que mis certezas
valoro un contrapunto de nostalgia,
esa debilidad del corazón
que confía en nosotros
y pone los recuerdos en su sitio".

Eso es lo único que he pretendido con estas líneas: recuperar algunos de mis recuerdos de Marcelino y ponerlos en su sitio, con el convencimiento pleno de que el elemento retrospectivo que todo homenaje comporta representa, en este caso, sólo un hito de una andadura vital que continúa siendo esencialmente prometedora, aunque ya sea inmenso todo lo realizado.

Siento por Marcelino Oreja una profunda y justificada admiración, trezada de una amistad de largo recorrido aunque intermitente en el trato. Mi conocimiento de la persona de Marcelino es muy temprano, y se originó en el marco de la relación personal y política que unió a mi padre con aquel español ejemplar que fue Fernando Castiella. Marcelino era el director de su Gabinete en los años 60, y recuerdo vivamente cómo nos relató mi padre, tras alguno de los viajes que hizo con los dos,

su descubrimiento de un joven y prometedor diplomático, de extraordinaria profesionalidad, culto y amable, de gran inteligencia, y espíritu vivo y prudente. Marcelino en aquél puesto de tanta influencia como escasa visibilidad, traslucía, entre las brumas añadidas de su discreción, las cualidades que le permitirían realizar una de las más brillantes e internacionales carreras políticas de su generación.

Más tarde coincidimos en el ámbito del colectivo "Tácito" que tan acertadamente supo anticipar el espíritu de la Transición, y que, sin duda, contribuyó a su logro. Otros harán, con más datos y mejor memoria que yo, la historia de aquél seudónimo, que pretendió ser y fue mucho más que la firma colectiva de unos artículos políticos publicados en el YA de las postrimerías del franquismo. Sus principales impulsores fueron Gabriel Cañadas (un ejemplo de integridad e inteligencia política, que la incipiente democracia no supo aprovechar), Alfonso Osorio (quien fue, posiblemente, el que más ostensiblemente había interiorizado un rol de liderazgo), José Luís Álvarez (el incesante discurso del método)... y Marcelino. Su papel fue quizás el menos definido, y es que probablemente aunaba, al menos en parte, las cualidades y las funciones de los otros tres, y además tenía esa otra, tan indispensable, de saber cómo conseguir, con su reconocida autoridad, que todos pudieran concertar sus diferentes talentos y sensibilidades para hacer el empeño fecundo. Coincidieron en "Tácito" dos corrientes. La primera fue la de quienes habían participado circunstancialmente en la política oficial de los últimos tiempos de la dictadura, impulsando su aperturismo, siguiendo la ruta que primero representó Federico Silva y, al final, también Manuel Fraga. La otra la formábamos quienes militábamos en la oposición al régimen, a la que seguimos perteneciendo hasta el primer día de la democracia. La ideología democristiana, en general, venía a unírnos a todos, pero por encima de esta referencia nos vinculaba una misma manera de entender el futuro de España, que fue la que se impuso luego en la Transición, haciéndola históricamente viable. Esta etapa de estrechísima colaboración con Marcelino terminó con un desencuentro, cuando una parte muy significativa de los Tácticos decidió participar en el primer Gobierno de la Monarquía, que entonces no pudimos calificar de democrático y que con la perspectiva que hoy tenemos habríamos denominado pre-democrático. Algunos no entendimos aquél momento de igual manera, y creímos que no se daban aún las circunstancias precisas para una participación política legitimadora, y posiblemente sobreestimamos los lazos de solidaridad política que se habían establecido entre nosotros. Es obvio -la Historia lo falló inapelablemente- que Marcelino y los suyos tenían razón. La ruptura de Tácito no quebró, sin embargo, las amistosas relaciones personales que existían entre unos y otros, y por eso, inmediatamente, volvieron a presentarse ocasiones de muy estrecha colaboración política y personal. Siempre pensé que Marcelino jugó en aquella primera hora, y en las que luego alumbraron la creación de UCD, un papel decisivo por la finura e intuición de su capacidad de análisis, por su habilidad y por la eficacia de su quehacer. ¡Cuánto se precisarían sus cualidades en la actual coyuntura del Partido Popular! AP, el partido que terminó con UCD y el PDP, con el argumento certero de que así el centro-derecha obtendría un mejor rendimiento electoral, se olvidó luego del espacio conquistado a su izquierda, y dejó pendiente una necesaria redefinición de la derecha desde el centro, que no es otra cosa que la recuperación de un discurso político más moderno y liberal. Me temo,

sin embargo, que en estas circunstancias Marcelino tiene, para su bien, su mirada puesta en otros horizontes más académicos y cercanos al mundo del pensamiento.

Luego, sin perder el contacto, nuestra relación fue esporádica, como sucede en este inmenso Madrid cosmopolita, donde quienes hemos renunciado a una cierta "vida social" -la que se produce a partir de las ocho de la tarde- apenas tenemos ocasión de encontrarnos si no hay empeños que nos unan. Eso sí, seguí con profundo contento los éxitos políticos y empresariales de la carrera de Marcelino, y así se lo hice sentir, una y otra vez, desde mi cercanía afectiva. Por cierto, tampoco Marcelino se prodiga en esa vida social madrileña, que representa para quienes la protagonizan una inevitable renuncia a muchas actividades y compañías que requieren una mayor intimidad y recogimiento. Cuando fui a veranear a donde él llevaba años haciéndolo, le comenté mi única prevención ante una estación de verano que por el resto sólo brindaba ventajas: la intensa vida social que de la villa y corte se trasladaba a ese lugar de nuestra costa del sur, aunque adquiriera formas más informales. Me recomendó que siguiera su ejemplo: desde que llego, vino a decirme, declino todas las invitaciones de forma que nadie pueda sentirse tratado con descortesía, y una vez que se ha acuñado mi rareza se dice esa expresión disculpatoria tan española de "son las cosas ... de Marcelino".

Finalmente, cuando aún nos queda por recorrer una andadura larga, para la que no nos faltan ni fuerzas ni capacidad de ilusión, hemos vuelto a encontrarnos, esta vez en el Patronato de la Fundación Gregorio Marañón. Marcelino, que tanto se identifica con el espíritu liberal de quien dio su nombre a esta institución, interviene con el mismo entusiasmo y buen hacer que hace décadas le conocí, en parte abierto y en parte oculto, como el de un buen prestidigitador, con el que tanto ayuda al buen fin de los proyectos en los que participa. De nuevo, como antes, sigo aprendiendo de Marcelino Oreja, coincidimos en casi todo, compartiendo el mérito de esta coincidencia, y siento por él la misma amistosa simpatía de siempre, acrecentada, si cabe, al destacarse más, tras tantas ambiciones cumplidas en tantos terrenos, su extraordinaria cualidad moral de ser un hombre bueno.